

CRÓNICA

DEDICACIÓN DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE MONJAS BENEDICTINAS “MADRE DE LA IGLESIA”, EN EL URUGUAY

La fiesta de esta dedicación, que se celebró el 28 de septiembre del presente año, se inscribió plenamente en el capítulo de las gracias especiales del Año Santo. Ya fue gracia el que la comunidad, establecida desde 1970 en su lugar actual, una silenciosa zona de dunas blancas y pinos en la ruta de Montevideo a Punta del Este, pudiese edificar al fin su iglesia. Durante estos años los oficios se habían celebrado en una sala espaciosa, que ahora podrá ser transformada en hospedería. El que en este año de 1974 se pudiese dar un paso adelante tan fundamental se debió principalmente a la generosidad de los monjes benedictinos de Egmond, Holanda, que dieron la suma inicial y decisiva, siguiendo en este servicio de caridad fraterna otro monasterio de la Argentina y personas amigas del monasterio en el mismo Uruguay. Fue el Presidente de nuestra Precongregación del Cono Sur, P. Eduardo Lagos, Prior de Las Condes, Chile, el que de vuelta del Congreso de abades de 1973 pudo aportar a nuestras hermanas la buena noticia y la ayuda concreta de nuestros hermanos neerlandeses. Este hecho contribuyó sustancialmente a aquella atmósfera de gozo, de don gratuito, en que se levantó y se consagró aquella nueva casa de Dios y de los hombres. Los planos fueron elaborados por el mismo arquitecto que había construido el monasterio, Sr. Gerardo Fernández Capurro, quien supo plasmar armoniosamente todas las sugerencias de la comunidad. De acuerdo con el nuevo ritual de la dedicación, facilitado *ad experimentum* por la Sagrada Congregación del Culto Divino, le tocó al arquitecto, junto con el constructor y los obreros, hacer entrega del edificio al obispo, a la comunidad y a los fieles, en el momento en que, terminada la procesión al aire libre en dirección a la iglesia, todos se habían congregado frente a la puerta de entrada. En esta ocasión el Sr. Fernández Capurro dio una hermosa y sencilla explicación de las ideas que habían informado su lograda obra arquitectónica.

La comunidad se había preparado espiritualmente a la fiesta centrando su retiro anual a principios de septiembre en la meditación del misterio del templo (la obra homónima del P. Congar inspiró el plan general de las conferencias), de la consagración y de la santidad. Al mismo tiempo un minucioso estudio del ritual, traducido exprofeso del latín y una preparación previa de todos los detalles de la celebración permitieron realizar el día 28 la fiesta con aquella tranquilidad y devoción que transforma los ritos en verdaderos acontecimientos espirituales.

Pero no sólo fue la comunidad religiosa la que pudo disponerse así a revivir el misterio de la Iglesia: también el círculo de amigos del monasterio se congregó dos veces para tomar conocimiento del ritual y su sentido y los obreros, debidamente informados, asistieron en su totalidad a la celebración. Se destacó su participación en el acto de la entrega del edificio (uno de ellos dio al obispo la lista de todos los que habían trabajado en la construcción, que fue depositada junto a la caja de las reliquias) y en la sepultación de las reliquias de los mártires Severo, Elpidia y Gracia debajo del altar. En el curso mismo de la celebración breves moniciones iban explicando a los fieles las diversas partes de ella. Se logró así en la medida de lo posible la meta pastoral que la comunidad se había fijado: que aquélla fuese una fiesta gozosa, una catequesis viviente sobre la Iglesia y renovase en todos los participantes la alegría de pertenecer a ella.

En la tarde de aquel sábado, 28 de septiembre, a las cuatro, con un sol radiante, se habían hecho presentes, además del obispo diocesano, Mons. Orestes Nuti, los vicarios generales de Montevideo y de Canelones y más de una docena de presbíteros, numerosas religiosas y fieles,

más de los que cabían en el nuevo templo. La Precongregación benedictina del Cono Sur estaba representada por su presidente, el P. Lagos y por el que escribe estas líneas. La nueva liturgia de la dedicación es un acierto admirable, en el que se ha conservado todo el colorido y la plasticidad del rito antiguo, sin sus exuberancias y reiteraciones. Entre sus novedades está la procesión inicial, la ya mencionada entrega del edificio, la apertura solemne de las puertas -que en este caso tocó a la M. Piora Plácida Zorrilla- y la iluminación festiva de la iglesia después del sacrificio del incienso. Además todos los ritos están incorporados a la celebración eucarística, con lo que se ha vuelto a poner de relieve la práctica inicial de la Iglesia de considerar como esencia de la consagración la celebración del sacrificio de Cristo.

Al festivo colorido de aquel día vino a agregarse un hecho hasta cierto punto imprevisto, que se sumó para darle un final espléndido y emotivo. Un hermano no católico había manifestado poco antes del comienzo de la misa su deseo de contribuir a la fiesta religiosa plantando un arbolito frente a la nueva iglesia. Se consideró que el mejor momento para ello sería al final de la celebración, se anunció la voluntad del hermano después de la comunión y a la salida todos se congregaron alrededor del súbito donante y su árbol. Se realizó con toda espontaneidad la ceremonia de la plantación del hermoso liquidámbar, el obispo dio su abrazo al hermano no católico y todos aplaudieron el significativo y ecuménico gesto.

Cuando los numerosos visitantes se fueron, el crepúsculo ya se cernía sobre las dunas. Al día siguiente un grupo de más de 30 jóvenes vino a pasar en el monasterio una jornada de reflexión y oración. Quedó así inaugurado y puesto al servicio de toda la comunidad de creyentes aquel nuevo centro religioso del Uruguay.

*Monasterio de la Santísima Trinidad
Las Condes*